

## Sarmiento y la "empanada nacional"

Durante la inauguración del ferrocarril en Tucumán, se estaba festejando el evento con un almuerzo que estaba servido bajo unos galpones, y al aparecer las empanadas, Sarmiento nos dijo observáramos si entre los comensales estaban representadas todas las provincias argentinas, y, verificando que no faltaba ninguna, alzando en el aire una empanada, pronunció gravemente este aforismo: *«La verdad es que ninguna empanada en el mundo vale la empanada sanjuanina»*

Un jujeño interrumpió el silencio de estupor que causó tan insólita declaración, observando que tenía en mucho la opinión del señor Sarmiento, a quien consideraba un genio, aun en achaque de empanadas; pero era de presumir que sus conocimientos no hubiesen alcanzado hasta la empanada de Jujuy, la más sabrosa y la más babosa, la que no podía comerse sino con la camisa arremangada, para chuparse los dedos hasta el codo...

Un correntino dijo que esas cosas no se discutían, siendo la de su heroica provincia la única empanada posible. Le siguieron mendocinos, puntanos, catamarqueños, santiagueños, salteños, etc., declarando detestables a todas las empanadas que no fuesen las de su pago.

Don Pepe Posse desafió a quien quisiera relevar el guante que presentase ahí mismo algo mejor que la empanada tucumana que todos estaban saboreando, lo que parecía darle una fácil victoria.

Un senador por Córdoba, con cara de filo de cuchillo, estableció que tenía en su fuero interno y en el santuario de su conciencia que la cordobesa era el *non plus ultra* de las empanadas.

La batahola de encontradas pasiones fue subiendo de punto, hasta que Sarmiento impuso silencio, diciendo, más o menos:

*«Señores: para hacer valer cada uno la empanada de su predilección, hemos hecho caso omiso de la empanada nacional. Esta discusión es un trozo de historia argentina, pues mucha de la sangre que hemos derramado ha sido para defender cada uno su empanada. El ferrocarril que inauguramos servirá a la unión de la Republica como conductor de progresos y agente para la realización de sus instituciones, y servirá a la unión disipando la deplorable fascinación de la mezquindad de aldea que nos hace creer detestable la empanada del vecino. La des-asociación de nuestros pueblos proviene de las distancias intermediarias, como las tonadas vienen de los largos viajes, la tonada es el localismo, como la empanada. El localismo es nuestra historia. He aquí la historia de las empanadas y sería bueno que alguna vez, al lado del sacrosanto amor a la empanada de nuestro terruño, tengamos indulgencia por las demás empanadas. Amemos señores, la **empanada nacional**, sin perjuicio de saborear todas las empanadas...»*

Adaptado de Belín Sarmiento, Augusto. *Sarmiento anecdótico*. Buenos Aires, Kapelusz, 1961.  
(Augusto Belín Sarmiento era el nieto)